

LA HUIDA

Olvido

Llevaba encima una camisa sucia, el pantalón deshilachado y las alpargatas, y en los ojos vidriosos el brillo apagado de mi historia, un cuento reducido a polvo. Nada más llevaba. Nada más tenía.

La certeza de una vida que tan pronto era mía como me dejó de pertenecer, para deshacerse como un espejismo, era lo único que quedaba del hombre que fui. Ni siquiera me permití pasar por casa una última vez, para encontrarme con cuatro paredes igual de vacías que el hueco que habitaba mi estómago. Era domingo, y apenas se adivinaba el pálido sol de febrero tras las nubes cuando terminé el turno de trabajo. El alba envuelta en pánico y bruma confirmó que entrarían ese mismo día, y supe que era el momento de huir. No me detuve a coger ninguna pertenencia que llevar a cuestas como un símbolo de mi pérdida, que me ayudara a evocar. Había quemado mi título y mi documentación, tomando únicamente el maletín de primeros auxilios, y sin nombre ni identidad, con la sencillez del fugitivo, me limité a despedirme.

–Adiós, Málaga–y en un susurro mi hogar se convirtió en el exilio.

Como yo, muchos otros emprendieron la huida. Una procesión de fantasmas sobre alquitrán, de humanos cada vez más encorvados, más famélicos, más incorpóreos, discurría en sepulcral silencio hacia la promesa de sobrevivir. De sus vidas sólo conservaban los recuerdos, burbujas de jabón efervescente, y los objetos de poco valor que habían conseguido rescatar y entonces cargaban a cuestas como un yugo. Las madres llevaban en brazos, colgando de un hombro, cogidos de la mano, y estirando de las enaguas a sus hijos, para no perderlos entre la marea de peces sin mar, la multitud. A la vez hacían malabares con las cacerolas, las sartenes y las ollas envueltas en sábanas, trofeos del pobre. Otros pequeños, habiéndose descuidado, se habían quedado solos. Iban descalzos. En los ojos se les deshacía la vida. Ya no era un juego. Gritaban <<mamá>>, y nadie se volvía, gritaban hasta que la realidad era más fuerte que la garganta. Los ancianos, por su parte, fueron los primeros en rendirse. Hombres apenas se contaban. Éramos decenas de miles, extraños

que no se conocían de nada pero compartían muchas cosas: el impulso de un viento llamado abandono, el susurro de la muerte en la nuca, el olor a pólvora acariciando la nariz como un impulso, un incentivo a seguir adelante, la fuerza de seguir caminando para no morir.

Aquella carretera era una trampa, una ratonera inevitable. A un lado se levantaban las escarpadas montañas como eternas centinelas de nuestro viaje; al otro, un mar en apariencia tranquilo, donde las olas dibujaban con su rumor el compás triste del final. Desde el cielo llovían las bombas de los aviones alemanes, y en la costa los buques disparaban sin descanso. Andábamos de noche por el eterno miedo a un ataque, y durante el día nos refugiábamos en los huecos de las colinas o los accidentes de los cerros. Éramos los indefensos hijos de la sombra. Nos habían condenado unas órdenes atroces, ciegas, borrachas de poder y odio. El general de bigote afilado no se atrevió a preguntar quiénes éramos, porque para él, no éramos nadie. Se contentó con ejecutar la sentencia, con ser capaz de decidir sobre la vida, y de elegir la muerte, de imponerla sobre pobres civiles, indefensos, inocentes, sin mayor delito que el de huir de la opresión e ignorancia.

El cuarto día, cuando un habitual pitido agudo se clavó en los oídos y corrimos a escondernos, un muchacho se quedó paralizado mientras veía arder a sus amigos, a los que había alcanzado una explosión apenas unos pasos adelante. Le rogué a gritos que saliese de ahí:

–Ven *pacá, esnortao*.

Pero el chico no se movía, ni siquiera hizo el amago de apartarse. Saliendo de mi escondrijo como una lagartija que se arrastra por el suelo, lo cogí en brazos y corrí campo a través, hasta esconderlo conmigo. Al acariciarle la cabeza y palpar una costura, la cicatriz que yo mismo le había cosido, me di cuenta de que era Mateo. Hasta que no terminaron las explosiones y los aviones quedaron lejos, él tampoco fue capaz de reconocermé:

–¡Doctor Santos!–exclamó, abrazándome como si fuera a desvanecerme.

-Ahora soy sólo Antonio-maticé al recordar que me había desprendido de mi título, de mi trabajo, y pronto también lo haría de mi verdadero nombre, aunque nunca dejaría de ejercer en la clandestinidad-. ¿Dónde están tus padres?

-No lo sé, señor. Yo huía con el colegio en un autocar, éramos ochenta niños, hasta que un obús nos hizo saltar por los aires. Pudimos salir diez, los demás se quemaron vivos. Hemos seguido caminando juntos, hasta ahora.

La gravedad de su rostro infantil, las palabras atropelladas en su boca pequeña y roja, con sabor a metal, no me dolieron tanto como su aséptica determinación.

-Vamos, dese prisa. Tenemos que buscar a los heridos. Usted es médico, usted podrá salvarlos. Ayúdeme a mover las rocas.

El corazón agrietado se me terminó de partir cuando llevábamos media hora encontrando cadáveres, cuerpos aplastados y desconchados, arañados y calcinados, y arrastré a Mateo, lo zarandeeé con violencia y le exigí que parase, que ya no podíamos hacer nada. Era egoísta, pero teníamos que irnos a toda prisa, había que seguir caminando para no acabar con su mismo destino. Nunca supimos qué fue de aquellos muertos sin entierro, sin registro, sin nombre, que pudieron ser 3.000, 5.000, o miles más, abandonados en los cerca de 219 kilómetros de aquella carretera infernal, sin recuerdo.

En muchas ocasiones escuchamos gritos, madres desgañitándose en busca de sus hijos perdidos, nombres exclamados con un puñal en la garganta y la débil, diminuta esperanza de quien a tientas, en el caos de la multitud, trata de atisbar la luz. Mateo nunca supo de sus amigos, pero tampoco dejó de caminar hasta que los pies se tiñeron de la misma sangre que su boca, que mis manos al socorrer a los malheridos. Al principio, nos deteníamos con frecuencia a realizar un vendaje improvisado con ropas, recolocar un tobillo, comprobar una fiebre. Con el tiempo, los mismos socorridos nos rogaban que no perdiéramos el tiempo. Ya no nos sorprendían los ancianos, los tullidos o los derrotados que se tiraban en el arcén a esperar a que la muerte les diese caza, en el desasosiego de no saber cuándo volverían los aviones, si podrían ver a sus seres queridos una última vez, o al menos saber que seguían vivos. Quienes

antes cargaban lo poco que tenían de valor, lo habían abandonado sobre el asfalto y ahí quedaban collares, sortijas, carteras, que todo el mundo veía, que nadie se detenía a recoger. La vida valía más que aquellas tonterías. Al miedo a los bombardeos se sumó la desconfianza hacia un océano abierto que antes era sinónimo de libertad, y terminó por convertirse en la última pared de nuestro encierro. No éramos sólo refugiados políticos, sindicalistas, o simpatizantes de izquierdas, también civiles neutros, campesinos, trabajadores sin afiliación que buscaban huir de la Andalucía facciosa. Tampoco estamos solos. Un médico canadiense, Norman Bethune, transportó a los más afectados en camionetas durante numerosos viajes. Sus fotografías son las únicas que se conservan de aquello, y su testimonio puso en el panorama internacional aquella tragedia, antes de que fuera arrastrada hasta las garras del olvido. Pero también contamos con héroes menos reconocidos, anónimos tan valientes como Anselmo Vilar, trabajador en el faro de Torre la mar, del que apagó la luz para confundir a asesinos italianos y alemanes. A cambio, fue ejecutado sin juicio. La única escapatoria hacia la España legítima era una vía atacada por sendos lados, por aire y por mar, con la misma insistencia que si fuera un lugar estratégico, aunque sólo fuéramos pobres muertos de hambre. Mateo se quejaba de las ampollas de los labios, pero yo le obligaba a comerse las cañas de azúcar, único alimento que encontrábamos a las orillas del camino.

-Vamos, no os rindáis. Allá, al pasar esa montaña, está Almería.

Cuando ya quedaba poco, pedí a Mateo que parase. Nos detuvimos ante la última montaña de escombros. Había sentido algo, una llamada, una orden que me impedía continuar, un sentido afilado percibiendo lo invisible. En la nariz una caricia dulce, el olor a vida. Pedí la ayuda de varios hombres y levantamos una gran piedra. Encontramos a una mujer joven con los ojos abiertos, inmóviles, tenía el miedo congelado en la faz. Estaba muerta. Entre sus brazos, un bebé de unas semanas, despierto, a salvo, mamaba plácidamente. Ese niño indefenso que crié como mi hijo se convirtió en un símbolo de resistencia, del amor ganando sobre el espanto. Sólo queda que no se olvide nuestra historia.

Los sublevados llamarían a aquel episodio "La *desbandá*". Los supervivientes rechazamos ese nombre peyorativo, preferimos "La *huía*".